

EL OBISPO

DE

CADIZ

A SUS DIOCESANOS

exhortándolos á que contribuyan por su parte al cumplimiento de los deseos manifestados por N. Smó. Padre el Papa Gregorio XVI, en su carta encíclica dirigida á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos, su fecha en Roma á 15 de Agosto del presente año.

EN CADIZ AÑO DE 1840.

IMPRENTA DE NIEL, HIJO: CALLE DE S. FRANCISCO. N.º 65

5965

EL OBRERO

DE

CADIZ

A SUS DIOCESANOS

Exhortándolos á que continúen por su parte al cumplimiento de los deseos manifestados por N. Sr. Padre el Papa Gregorio XVI, en su carta encíclica dirigida á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos, en fecha en Roma á 15 de Agosto del presente año.

EN CADIZ AÑO DE 1813

IMPRESA DE N.º 1100 CALLE DE S. FRANCISCO, N.º 1100



Nos Don Frai Domingo de Silos Moreno,
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SANTA SEDE APOS-
TOLICA OBISPO DE CADIZ Y ALGECIRAS, CABALLERO
GRAN CRUZ DE LA REAL ORDEN AMERICANA DE ISA-
BEL LA CATOLICA, DEL CONSEJO DE S. M. &.

A todos los fieles de nuestro Obispado salud en nuestro Señor Jesu Cristo.

Nuestro Ssmo. Padre, Papa Gregorio, XVI ha dirigido á todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos la Carta Enciclica (1) del tenor siguiente:

GREGORIO XVI, PAPA, A TODOS LOS PATRIARCAS, PRIMADOS, ARZOBISPOS Y OBISPOS, SALUD Y BENDICION APOSTOLICA.

Venerables hermanos: Bien sabeis las muchas y graves calamidades que afligen y oprimen á la Iglesia católica, miserablemente perseguida en estos desventurados tiempos. No ignorais la multitud de errores de todo género con que se combate nuestra Religión santa, ni os son desconocidos el dolo y astucia con que los herejes é incrédulos se esfuerzan en pervertir los corazones y el espíritu de los fieles.

Sabeis, en una palabra, que no se ha perdonado medio alguno de arrancar de raíz, si posible fuera, el edificio de la ciudad santa. En efecto, sin hablar ahora de otras muchas cosas, ¿no vemos á los mas astutos enemigos de la verdad esparcidos por todas partes, no solo perseguir la Religión con sus desprecios, la Iglesia con sus inju-

(1) Publicada en el Católico, periódico Religioso de la Corte, Miércoles 26 de Obre. 1840.

rias y los católicos con sus insultos y calumnias, sino tambien invadir las ciudades y aldeas, fundar escuelas de error y de impiedad y propagar por medio de la imprenta el veneno de sus doctrinas, sirviéndose con astucia de las ciencias naturales y de los descubrimientos de estos últimos tiempos? ¿No se les vé con el mismo objeto penetrar hasta en la choza del pobre, recorrer las campiñas é insinuarse familiarmente con el pueblo en las ciudades y con los labradores en las campiñas?

Asi es en verdad, ningun medio omiten para lograr su intento: biblias traducidas en lengua vulgar y adulteradas; periódicos pestilenciales, obras de pequeño volumen, discursos seductores, fingida caridad, repartos de dinero en fin, para atraer y ganar á su secta á un pueblo inculto, y particularmente á la juventud, y hacerlos desertar de la fé católica.

Los hechos que aqui mencionamos, no solo los conoceis, venerables hermanos; sois ademas testigos de ellos, y con dolor y sin guardar silencio en cumplimiento de vuestro deber pastoral, os veis obligados á tolerar en vuestras diócesis á esos provocadores de la incredulidad y heregia, y á esos hombres llenos de avilantez y descaro, que cubiertos con piel de oveja, son por el contrario rapaces lobos que tienden asechanzas al rebaño, y hacen sin cesar en él la mas horrible carnicería.

¿Qué mas? No hay ya en el universo pais tan bárbaro á donde las sociedades centrales, tan conocidas de los hereges é incrédulos, no envien, sin reparar en gastos, agentes suyos encargados de recorrerlos; no le hay donde estos, ya con ardides y artificios, ya descubiertamente y á las claras, no hagan la guerra á la Religion católica, á sus pastores y ministros, no arranquen fieles del seno de la Iglesia y no cierren la entrada de ella á los creyentes.

En vista de esto facil es comprender cual será la tribulacion que dia y noche nos atormenta, siendo Nos, quien como encargado de todo el rebaño de Jesucristo, y de la vigilancia de todas las Iglesias, ha de dar cuenta de ellas al Pastor Supremo. Este es el motivo, venerables hermanos, porque hemos creído deberos recordar con esta carta las causas de comunes aflicciones á fin de que mediteis continuamente con la mayor atencion cuánto importa á la Iglesia el que todos los sagrados pastores redoblen sus esfuerzos, unan sus fatigas, y se apliquen con todo su poder á reprimir el choque de los terribles y numerosos enemigos de la Religion, á embotar y rechazar sus tiros, á avisar y fortalecer de antemano á los fieles contra los seductores incentivos á que frecuentemente recurren. Bien sabeis que en toda ocasion hemos vigilado acerca de esto, y no cesaremos de vigilar, como sabemos tambien que vosotros lo habeis hecho, y confiamos continuareis haciéndolo cada vez con mas celo. Mas para que en medio

de tantas dificultades no nos falte el valor, debemos guardarnos, venerables hermanos, de que parezca los tememos como superiores á nuestras fuerzas, porque Cristo es para nosotros el consejo y la fortaleza. Sin él nada podemos; pero todo lo podemos con él, quien al dar su vision á los predicadores del Evangelio y á los ministros de los Sacramentos, *He ahí, les dijo, que yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos, y en otra parte: Esto os he dicho para que tengais paz en mi. En el mundo tendreis apretura: mas tened confianza, que yo he vencido al mundo.*

Estas promesas tan formales y evidentes no debemos dejar que se pierdan ante los escándalos, á fin de no aparecer ingratos á la eleccion de Dios, cuyas promesas son igualadas por su poder.

¡ Ah! ¿quién no vé en nuestros mismos dias los frutos de las divinas promesas que ni han faltado ni faltarán jamas á la Iglesia? Manifiestanse hasta la última evidencia en la firmeza inalterable que muestra la Iglesia en medio de todos los asaltos de sus enemigos, en sus progresos á través de tantas turbulencias y peligros, y en ese consuelo con que *el Padre de la misericordia y Dios de toda consolacion nos consuela en todas nuestras tribulaciones.*

Y á la verdad, mientras por una parte tenemos que llorar por las pérdidas que la Religion católica ha sufrido y sufre todavia en ciertos países, encontramos por otra motivo para regocijarnos en los numerosos triunfos que ha conseguido y consigue todavia la constancia invencible de los fieles y de los pastores: cáusanos tambien un grande gozo el ver los felices y admirables progresos que no cesa de hacer la Religion á pesar de tantos obstáculos, y en vista de los cuales hasta sus mismos adversarios vienen á conocer que las vejaciones y opresiones con que es agitada la Iglesia sirven las mas veces para su gloria y siempre fortifican mas en la Religion á los fieles. Y para hablar de las misiones apostólicas, ¿qué motivos de gozo no son para Nos y para toda la Iglesia sus abundantes frutos y los progresos de la fé en América, en la India y en los demas países de infieles? No ignorais, venerables hermanos, cómo aun en nuestro tiempo se han escarpado por esas regiones una multitud de hombres, y cómo con un celo infatigable que no ha menester ni de la abundancia de dinero, ni del terror de las armas, sino del escudo de la fé, no solo no se niegan á la pelea de palabra ó por escrito, en público ó en particular, y sostienen con el mejor éxito los combates del Señor contra los herejes é incrédulos, sino que ademas, inflamados por la caridad, sin que les arredren ni la aspereza de los caminos, ni la magnitud de las incomodidades, buscan por mar y tierra á los que se hallan sentados en las tinieblas y sombras de la muerte para llamarlos y convidarlos á la vida y á la salud de la Religion católica. Intrépidos arrostran todos los peligros y visitan activos los bosques y cavernas de los bár-

baros, los rinden á la verdadera fé con la dulzura cristiana, los forman en la virtud, y mediante el agua regeneradora los arrancan de la esclavitud y los vuelven á la libertad de hijos de Dios.

Mas no podemos, sin derramar lágrimas.....de dolor por la demasiada crueldad de los perseguidores y verdugos....pero de consuelo por la heroica constancia de los confesores de la fé, recordar aqui las actas de los mártires recientemente inmolados en los confines del Oriente, cuyo elogio celebramos en uno de nuestros últimos consistorios.

El Tonkin y la Cochinchina humean todavia con la sangre de los numerosos pastores sagrados, sacerdotes y fieles indígenas, que renovando los ejemplos que ilustraron mas particularmente los primeros siglos de la Iglesia, han arrostrado con intrepidez por Cristo y en testimonio de su fé la muerte mas cruel en medio de los suplicios. ¡Qué triunfo mas brillante para la Religion y la Iglesia! ¡qué confusion mayor para los que la persiguen, que el ver en nuestros mismos dias atestiguar con los hechos las divinas promesas de proteccion y de asistencia eternas! Asi, decimos con san Leon; *La Religion fundada por el Sacramento de la Cruz de Jesucristo, no puede ser destruida por ningun género de crueldad.*

Cuanto acabamos de recordar, venerables hermanos, es para Nos un motivo de consuelo y de gloria, pero no nos faltan otros en medio de tantas tribulaciones con que se ve atormentada la Iglesia. Hablamos de las instituciones piadosas que se erigen, crecen y prosperan para bien de la Religion y de la sociedad cristiana, y algunas de las cuales ayudan y socorren á las misiones apostólicas. Y en efecto ¿qué católico no se regocija al reflexionar en la providencia del Dios omnipotente que, protector de su Iglesia conforme á las promesas eternas, suscita en su seno, segun la oportunidad de los tiempos y demas circunstancias, sociedades que sugetas á la autoridad de esta misma Iglesia y cada una á su modo particular, dirigen á un comun objeto la inteligencia y las obras, y concurren á los deberes de la caridad, á la instruccion de los fieles, y á la propagacion de la fé?

¿Qué espectáculo tan consolador para el mundo católico; qué objeto de admiracion hasta para los mismos católicos, no ofrecen esas sociedades tan numerosas y esparcidas de piadosas mugeres que, viviendo en comun bajo la regla de S. Vicente de Paul ó de otros institutos aprobados, y tan eminentes por sus virtudes cristianas, se consagran gozosas y totalmente, ó á retraer del camino de la perdicion á las mugeres estraviadas, ó á instruir en la Religion, en las sólidas virtudes y en los deberes de su estado á las tiernas doncellas, ó á aliviar de todos modos y en cuanto pueden los infortunios de su prógimo, sin que ni la natural debilidad del sexo, ni el temor de los peligros las arredren y hagan desviarse de tan santo empeño?

No menos satisfaccion nos causarán á Nos y á todos los hombres de bien esas nuevas sociedades de fieles formadas sucesivamente en muchas ciudades importantes, y cuyo objeto es oponer á los malos libros las obras de los socios ó de otros autores, á las monstruosidades del escritor, la pureza de la doctrina, á las injurias y calumnias, la caridad y dulzura. Y ¿cómo en fin podríamos pronunciar sin el mayor elogio el nombre de esa sociedad célebre que cada día adquiere un nuevo acrecentamiento, no solamente en los países católicos si tambien en los que no lo son y en los infieles, y presenta á los fieles de cualquier condicion que sean, un medio fácil de merecer bien de las misiones apostólicas y de tener parte en sus ventajas y utilidades espirituales? Ya entenderéis que hablamos de la tan conocida asociacion para la propagacion de la fé.

Habiendoos, pues, comunicado ya, venerables hermanos, nuestra pena por las pérdidas de la Religion catòlica y los consuelos que nos dan sus triunfos, réstanos manifestaros cuánto nos interesa la prosperidad de estas asociaciones que tan bien han merecido de la Religion. En consecuencia os exhortamos á que las mantengais en vuestras diócesis, las protejais y las aumenteis.

Sobre todo, os recomendamos en gran manera la sociedad para la propagacion de la fé, fundada en 1822 en la antigua y noble ciudad de Lyon, y desde allí esparcida por todas partes con una celebridad y prosperidad admirables. Con igual solicitud os recomendamos otras sociedades semejantes, fundadas en Viena (Austria), y en otras partes bajo otros nombres, pero destinadas igualmente á la propagacion de la fé, y protegidas con el favor de los príncipes religiosos. Esta obra verdaderamente grande y santa, que se sostiene, se fortifica y aumenta con las módicas ofrendas y las oraciones de los asociados; esta obra que ayuda al sostenimiento de los obreros evangélicos, ejerce las obras de caridad con los neófitos, y liberta á los fieles del furor de las persecuciones; parécenos no puede ser mas digna de la admiracion y amor de todos los hombres de bien.

Y no debe creerse que tamaño beneficio haya venido en nuestros días á la Iglesia sin un consejo especial de la divina Providencia. Mientras el enemigo infernal atormenta con toda suerte de maquinaciones á la querida esposa de Jesucristo, nada podia venir mas á tiempo que la asistencia y los esfuerzos reunidos de todos los fieles, á quienes inflama el deseo de propagar la verdad de la fé cristiana.

Por esta razon, llamados Nos, á pesar de nuestra indignidad, á velar sobre la Iglesia, no hemos dejado pasar ocasion alguna de atestiguar, á ejemplo de nuestros predecesores, y de la manera mas evidente, nuestro afecto á esta importante obra, y de escitar hácia ella la caridad de los fieles. Vosotros, pues, tambien, venerables hermanos, llamados á una parte de nuestra solicitud, aplicaos con asi-

duidad al mismo objeto para que esta obra tome de cada vez mas aumento en la respectiva grey que os está confiada. *Tocad la trompeta en Sion*, y haced tambien con vuestras amonestaciones y persuasiones paternales, que los que aun no forman parte de esta piadosa asociacion, se inscriban prontamente en ella, y que perseveren en su resolucion los que ya se hallan asociados.

Este tiempo es ciertamente aquel en que, ejerciendo el demonio sus furores en todo el mundo, debe pelear y combatir el ejercito cristiano (S. Leon, sermon 2, aparte 48). Por esto es el tiempo de providenciar con toda nuestra solicitud y cuidado, que á lossacerdotes que ruegan y lloran y se atormentan por la fé, puedan asociarse los fieles en esta santa cooperacion. Nos, esperamos firmemente, que Dios, que en estas grandes pruebas de su Iglesia, y en este cruel é incesante combate con sus enemigos, no cesa de sostenerla con su omnipotente mano, y de regocijaria con la constancia, con la caridad y devocion de los fieles, se dejará mover por los multiplicados ruegos y oraciones de los pastores y de las ovejas; y apaciguado por las obras de piedad, la concederá al fin la paz y tranquilidad por que suspira.

Entretanto, venerables hermanos, os damos afectuosamente á vosotros y á todos los fieles clérigos y legos, confiados á vuestra direccion, nuestra bendicion apostólica.

Dado en Roma, en Santa Maria la Mayor el día 18 antes de las calendas de Setiembre (15 de Agosto) de 1840, y el décimo de nuestro pontificado.

Tal es, amados hijos nuestros, el cuadro lastimoso de la Iglesia, que presenta á nuestra consideracion su cabeza visible y vicario de Jesu Cristo en la tierra, exhortándonos á redoblar nuestros esfuerzos para arrancar de ese dilatado campo, regado nada menos que con la sangre de un Dios, las malas yerbas, la zizaña dañosa de falsas doctrinas, que ha sembrado en él su comun enemigo y causado los males que eran de temerse y de que se lamenta el autorizado por es gran Padre de familias para cuidar de su cultivo, y enviar obreros á trabajar en él.

Nos estremecemos y avergonzamos al mismo tiempo, viendonos en la dura necesidad de desplegar nuestros labios con este motivo, temiendo con mucha razon desvirtuar con nuestras palabras la uncion, vigor y energia que tienen las del sucesor del que escogió Jesu Cristo para fundar sobre él, como sobre una piedra solidísima su Iglesia, y fue advertido y mandado confirmar á sus hermanos. Porque ¿qué podremos añadir á lo que dice desde la elevada Cátedra de Pedro el

que ocupa su lugar? Nada. Pero es menester decir algo, pues que así nos lo encarga en ese monumento eterno de su apostólico celo, de su vigilancia continua sobre el rebaño confiado á su cuidado, de sus amarguras y aflicciones por verle acometido de hambrientos lobos, de fieras voraces, que amenazan dispersarlo, herirlo y matarlo.

¿Qué católico pues habrá que no participe de las tribulaciones y angustias, que el mismo Sto. Padre nos asegura le atormentan día y noche, al ver que apenas hay en el universo país tan bárbaro en que no penetren los incrédulos y los hereges, ya con ardides y artificios, ya descubiertamente y á las claras para hacer guerra á la Religión católica, á sus Pastores y Ministros, arrancar los fieles de la Iglesia é impedir su entrada en ella á los que lo intentan? ¿Quien, que no se una al Pastor de los Pastores y á los demas que ha puesto el Espíritu Santo Obispos para gobernarla, trabajando de consuno con ellos en la estirpacion de tantos errores con que pretenden denigrar á la que no tiene mancha ni arruga? ¿Quien que no se presente gustoso á todos los sacrificios, que exige la conservacion en toda su pureza del catolicismo, regalo el mas estimable y precioso que nos ha venido del Cielo?

Hijos míos, se dice, y con verdad, que cuando pelagra la patria, cuando es acometida de enemigos domésticos y estraños para subyugarla y despojarla de su libertad, independenciancia y propiedades, todo el que á ella pertenece debe salir á su defensa; el uno con las armas, el otro desprendiéndose de sus intereses, aquel ayudando con sus consejos, este con oraciones y plegarias, y todos de la manera que permitan su estado, edad y circunstancias. Pues bien ¿quedeberemos hacer los Católicos en defensa de una Religión que solamente puede asegurarnos la verdadera patria, que es el Cielo, para el que hemos sido criados si la vemos en peligro y atacada de sus mas terribles enemigos? Es indudable y está al alcance del mas rudo el estado de abyeccion en que se halla, perseguida, combatida en sus revelados dogmas, en su disciplina, en su doctrina, en su divina moral, en sus ministros, y amenazada de mayores riesgos, sino se pone un dique al torrente de iniquidad y errores que cauden por todas partes, como lo asegura el que lo sabe bien, su Gefe Supremo. ¿Por que pues no nos hemos de unir á él, y pelear con él las guerras del Señor?

Sabemos muy bien, que las promesas de su autor divino no han de faltar; que la Iglesia Católica, en donde solamente se enseña y se conserva la verdad, ha de durar hasta el fin del mundo: que no han de prevalecer las puertas del infierno contra ella, y que como el arca de Noé, que se sostuvo sin hundirse en medio de los inmensos torbellinos con que fue agitada, así aunque fluctue entre borrascas y tempestades jamas ha de padecer naufragio. Mas esto, si debe inspirarnos mucha confianza y consolarnos; si debemos prometernos el socorro y auxilio

del que manda á los vientos, y al mar, como acredita la esperiencia y confiesa el Pontífice sumo verificarse en la presente coyuntura; si estamos ciertos que la ha de sostener para que no se vaya á pique cuanto mas enfurecidos se vean contra ella los elementos; no debemos por eso descuidarnos y adormecernos.

Bien público es que no duermen los incrédulos, los impios, los hereges para colocar la abominacion en el lugar santo; que no perdonan trabajo ni fatiga por estender sus perversas doctrinas, sus quiméricos dogmas mil veces anatematizados por la Iglesia; por introducir en ella un nuevo Evangelio, gloriándose de *videntes* é iluminados de Dios, por trastornar en fin ese grande edificio levantado por el Altísimo, en el que habitamos los fieles todos bien seguros, como que somos edificados sobre el fundamento de los Apóstoles y Profetas en el mismo Jesu Cristo, que es su piedra angular. ¿Y nos dormiremos nosotros, permaneceremos apáticos y en una indiferencia criminal cuando tanto velan sus mas encarnizados enemigos para hacer prosélitos de sus innumerables sectas, que nacieron ayer, y atraer á ellas á los verdaderos fieles? ¿Nos espondremos á que nos diga Jesu Cristo, como dijo á sus Apóstoles en la noche de su pasion: *por que dormis?* ¿No vemos el conflicto en que se halla el que le representa en la tierra? ¿No hemos oido sus lamentos al ver que se le arrebatan muchos de sus hijos arrancándolos del seno de la tierna madre que les dió el ser por el bautismo, que los alimenta con la verdadera doctrina, con los Sacramentos salidos del costado del Salvador, y sobre todo con el de su sacratísimo cuerpo y preciosa sangre, que nos dejó como la prueba mas grande de su amor, como la memoria mas tierna de su amarguísima y dolorosa pasion, como el mayor de todos los milagros? ¿dormiremos cuando vemos los efectos terribles causados por esas sectas conocidas de todos, tenaces en propagar su decantada reforma en todo el mundo?

Nuestra España, por desgracia, no ha sido la que menos los ha experimentado y experimenta; mas juzgamos cubrirlos con un espeso velo, y limitarnos á nuestro Obispado. Bien sabeis que en esta religiosa Ciudad se instaló públicamente una cátedra de protestantes metodistas, que no les faltaron sus alumnos, que mas de una vez fueron lanzados de sus muros los maestros del error, y tampoco podeis ignorar, que apesar de eso continúan sus emisarios, que no les faltan, esparciendo con profusion folletos atestados de calumnias, de mentiras, subersivos de la fe y de la Iglesia Católica Romana, tratándola de idólatra como á todos sus hijos, y á su cabeza de.....mas no nos atrevemos á espresar el horroroso dictado, que dan al sumo Sacerdote que reside en la Ciudad Santa. Hablamos y decimos lo que hemos visto y vemos con nuestros ojos, obligándonos nuestro ministerio pastoral á declararos sin disfraz que no pueden leerse, ni menos retener

se esos papeluchos sin incurrir en una excomunion mayor reservada, y que pecan mortalmente cuantos los leen, y aun pierden la fe asintiendo á las máximas y doctrinas que contienen: y sin fé no hay ni puede haber verdadera justicia.

Padres de familia, velad sobre vuestros hijos, preservadlos de ese veneno mortal; reflexionad que nada les aprovecharán los mezquinos bienes temporales que les dejeis por herencia para cuatro dias que han de vivir sobre la tierra, si quedan abandonados de Dios, sin fé, y lo que es consiguiente corrompidos en sus costumbres y espuestos á la eternidad de un infierno y fuego inestinguible si no se arrepienten. La esperiencia nos ha enseñado el estrago, que han becho en toda clase de personas esos escritos, que por solo hallarse impresos en castellano fuera del reino, no deben tener entrada en el, como sabiamente está mandado por el Gobierno.

Porque ¿qué se ha de aprender en ellos? Los principios, las máximas, la doctrina que profesan sus autores, secuaces de las sectas separadas del centro de la unidad, vacilantes siempre, sin poderse avenir unas con otras, como que no reconocen mas autoridad que su capricho, que llaman espíritu privado. Asi es que no admiten mas sacramentos que el del bautismo y el que denominan de la cena, pero desterrando el sacrificio, aquella oblacion limpia, que anunció el Profeta Malachias habia de ofrecerse en todo lugar, engrandeciéndose de esta manera el nombre de Dios entre todas las Gentes desde el Oriente hasta el Occidente. Tambien nos privan del grande consuelo, que tenemos en este valle de lágrimas en la real presencia de Jesu Cristo, que confesamos, y es de fé su permanencia hasta la consumacion de los siglos, aun despues de la consagracion. Desechan la confesion auricular y el sacramento de la Penitencia, y ved un escándalo para que no se confiesen los que admiten esa doctrina y perezcan las almas, no habiendo otra tabla despues del bautismo para salvarse, que esa piscina sagrada en donde se curan nuestras mortales enfermedades. No se estrañe pues, que innumerables católicos, con tales predicadores, pasen dias, meses y años en sus crímenes, arrastrando las cadenas de sus vicios y pecados sin recurrir á los que tienen facultad para desatarlos de ellas. Si aun hay trabajos confesando y creyendo lo que confiesa y cree la Iglesia ¿qué será poniendo ese tropiezo á los fieles?

Por supuesto que tampoco son del agrado de esos señores las misas, pues niegan que sea sacrificado Jesu Cristo en ellas, ni el Purgatorio, ni culto alguno á las Imágenes de los Santos, ni á sus reliquias, ni las divinas tradiciones, ni autoridad alguna que los contenga en su acalorada imaginacion, escusando asi lo que llaman supersticiones, é idolatrias, y desembarazándose del culto exterior, que exige Dios de nosotros, por ser criador y conservador no solamente de nuestra alma sino

de nuestro cuerpo. ¿Qué católico y católico español, podrá oír con paciencia, que es idolatría dar culto en sus imágenes á la Madre de Dios y nuestra, abogada, despues de su Hijo, de los infelices hijos de Adán, y objeto predilecto de nuestra devocion? Pues esa es la doctrina, esos son los presentes con que su ardiente celo nos obsequia en esas hojas sueltas espendidas á centenares para que todos participen de ellas. A estar á su modo de pensar y de obrar, escusados son los templos consagrados con las augustas ceremonias de que usa la Iglesia Católica Apostólica Romana desde que se vió libre de la opresion en que vivió por mas de tres siglos, perseguida y atacada del mundo y del infierno. Si hemos de darles gusto han de quedar nuestras Iglesias vacias como las suyas, hemos de destruir sus altares, desterrar de ellas las estátuas de los Santos y sustituir en su lugar las de los grandes políticos, sabios y guerreros, sin que quede objeto alguno para inspirarnos el respeto y devocion con que debemos estar en la casa de Dios. Hijos míos, no os dejeis engañar de falsos Profetas, que vienen á vosotros con pieles de oveja y en su interior son lobos rapaces. Esto nos dice Jesu Cristo, y que reputemos por Gentil al que no oye á la Iglesia; cuanto mas á los que la calumnian y desprecian someterse á ella, constituyendose asi mismos árbitros y jueces de la moral y de los dogmas, segun les dicte su amor propio.

¿Y qué os diremos de otras producciones mas perjudiciales, si cabe aun, que las de los pretendidos reformados, que escandalosamente andan en manos de muchos? Sus autores, ya no se paran en reprobar este ó aquel artículo de nuestra creencia como aquellos; avanzan á mas, á negarlo todo negando la revelacion y cuanto por ella sabemos y creemos, á reirse de la inmortalidad del alma, y á tener al hombre por una bestia, que con la muerte se acaba, sin que espere premio ni tema castigo despues de ella. Y si por no aparecer insensatos, como llama David á los que dicen que no hay Dios, reconocen la existencia de un ser supremo, le suponen indiferente á todas las necesidades del hombre y de todas las criaturas, que de nada cuida, y que todo camina dirigido por el azar, pudiendo por lo mismo hacer cada cual lo que se le antoje y gozar de todos los deleites aun los mas criminales sin el menor remordimiento. Excelente doctrina para acabar con el género humano en breve tiempo y para que no haya orden alguno en el, sino una completa confusion y desorden. Aun mas; qué horror! abandonados á su reprobó sentido se propasan hasta el estremo de enseñar un cinismo brutal, repartiendo obscenísimas pinturas y estampas, que representan lo que el pudor impide nombrar.

¿En qué ha de parar el desgraciado en cuyas manos caigan esos instrumentos de impiedad y de corrupcion? No debe pues sorprendernos si se oyen las blasfemias mas horrendas contra el Señor, con-

tra su Cristo, contra su Madre y contra todo lo mas respetado hasta ahora, aun por los mas relajados en su conducta. No debemos estrañar los suicidios, los desafios, los asesinatos, los incendios, los robos y otros mil y mil crímenes, que oímos decir perpetrarse con la mayor frecuencia. Tampoco deben causarnos novedad los sarcasmos, las chufletas, las burlas con que se insulta lo mas sagrado de nuestra Religion sacrosanta, sirviendo de diversion en las tertulias, y en los teatros, los chistes y agudezas con que se ridiculiza. Temblemos todos, amados hijos nuestros: entremos dentro de nosotros mismos; huyamos de los perseguidores de la Religion, en cuyas listas deben contarse los malos cristianos, que desoyendo su voz y la de sus pastores, desprecian la proscripcion justamente hecha por estos, de los malos libros, que son una de las principales causas de esos desórdenes que afligen en gran manera nuestra alma. Unámonos como hijos que somos de la Iglesia Católica Apostólica Romana para contrarestar los tiros que contra ella asestan los que se hallan separados de su comunión. Asociémonos para pelear contra los que insultándonos, como los Filisteos en otro tiempo al pueblo de Israel, teniendo á su cabeza al soberbio Goliath, al diablo mismo, nos provocan á medir con ellos nuestras fuerzas; y confiemos que peleando con la honda y piedra en el nombre del Señor, saldremos siempre victoriosos.

Sobre todo para resarcir las quiebras de la Religion y de la Iglesia, que tantas lágrimas cuestan á su Gefe, formemos sociedades, como las que S. S. afirma se hallan formadas en muchas ciudades importantes; y cuyo objeto (son sus mismas palabras) *es oponer á los malos libros las obras de los socios ó de otros autores, á las monstruosidades del escritor la pureza de la doctrina, á las injurias y calumnias la caridad y dulzura.* Alistémonos en la bandera, que especialmente nos recomienda S. S. de esa nunca bien ponderada sociedad de la propagación de la fé fundada en 1822 en Lyon, estendida ya hasta los últimos confines de la tierra, y que el Señor por sus misericordias ha suscitado en tiempos tan calamitosos para consuelo de su Iglesia. Ya habeis oído de la boca misma de su primer doctor y maestro, lo concerniente á esa obra, que podemos llamar sin peligro de equivocarnos, obra de la diestra del Excelso y que es menester repetir aquí. *No hemos dejado, dice, pasar ocasion alguna de atestiguar á ejemplo de nuestros predecesores, y de la manera mas evidente, nuestro afecto á esta importante obra, y de escitar hácia ella la caridad de los fieles. Vosotros pues tambien, venerables hermanos, llamados á una parte de nuestra solicitud, aplicaos con asiduidad al mismo objeto, para que esta obra tome cada vez mas aumento en la respectiva grey que os está confiada, tocad la trompeta en Sion, y haced tambien con vuestras amonestaciones y persuasiones paternales, que los que aun no forman parte de esta*

piadosa asociacion se inscriban prontamente en ella, y que perseveren en su resolucion los que ya se hallan asociados.

A vista de esto, nos creemos estrechamente obligados á persuadirlos os suscribais sin perder tiempo en esa compañía de caridad, que ya ha canonizado, por decirlo así, S. S. á ejemplo de sus predecesores Pío VII, León XII y Pío VIII, y han instalado con su autoridad un gran número de Obispos en sus respectivas diócesis en reinos extraños, aun en los que no están unidos á la Iglesia ni profesan el cristianismo; y sería mengua nuestra en un reino Católico omitir lo que con tanta eficacia nos encarga el Pastor de los Pastores. ¿Pero que obra es esa, dirán algunos, en que tanto interes toma nuestro Santo Padre? Os lo diremos con toda claridad. Se reduce á que coo-peremos todos, ya con oraciones ya con limosna, á que tengan efecto los designios de Dios, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad; á que los pueblos que andan aun en tinieblas vean la grande luz; á que esta nazca para los que habitan en la region de la sombra de la muerte; á convertir, si así nos podemos explicar, en hombres, á un sin número que criados á imágen y semejanza de Dios, apenas se distinguen de las bestias, anunciándoles el Evangelio que lo allana todo, lo ilustra todo, lo suaviza todo, y observado hace feliz al hombre cuanto puede serlo en la tierra.

Este es el objeto y fin de esa célebre asociacion, que en tan pocos años se ha dado á conocer como el Sol con su benéfico influjo casi en todo el Orbe, porque este, y no aquel ú otro reino, país ó region es su teatro, no admitiendo límite alguno el imperio de la caridad en que está fundada: dirigidos por ella los individuos de su Consejo central, dignos de los mayores elogios, se han dedicado con un extraordinario teson á proporcionar los medios indispensables para conseguir realizar el vasto plan que se propusieron, y han tenido la satisfaccion de haberlo logrado con general admiracion. En todas partes han encontrado recursos para una obra tan digna del cristianismo. Así se ha visto y se ve abandonar todas las comodidades del mundo como los Apóstoles, un gran número de Sacerdotes, que amestrados antes en la escuela de Jesu Cristo en esos famosos colegios y seminarios erigidos al efecto, se entregan enteramente á la divina Providencia, y confiados en ella emprenden la penosa carrera del apostolado, penetrando en todas las naciones bárbaras, idólatras, supersticiosas; á quienes ó no llegó la noticia del Evangelio, ó si llegó la han despreciado ú obscurecido.

No les arredran los inmensos mares que tienen que atravesar para arribar al término de su mision, ni los innumerables peligros de que hace mención el Apóstol; peligros en los caminos, en los ladrones, en las Ciudades, en los desiertos, en la hambre, en la sed,

en el frio, en la desnudez, y mas que todo en los falsos hermanos que denominándose cristianos, trabajan sin cesar en destruir lo que ellos llegan á edificar. Pasma ciertamente ver á esos Angeles de paz introducirse en paises apenas conocidos, habitados de hombres que parecen fieras, sumergidos en los mas horrendos crímenes contra la naturaleza; devorándose unos á otros, ofreciendo víctimas humanas á los dioses de piedra y de palo, á los animales mas inmundos y dañosos al hombre, y envueltos en otros inauditos desórdenes. ¡Qué constancia, qué virtud, qué sufrimiento no es necesario para reducir á la razon y amansar esos tigres! Mas ¡ó poder de la gracia de Dios! En medio de tan perversas naciones, espuestos de dia y noche, en cada momento á ser sacrificados perseveran firmes en sembrar el grano de la palabra divina, y consiguen á fuerza de continuos sacrificios agregar, como un Javier, á la Iglesia de Jesu Cristo innumerables gentes; fruto que recogen con el mayor gozo despues de haber sembrado llo-rando.

Ah! ¿se portan asi los misioneros enviados por las famosas sociedades centrales de la reforma, á estender cada cual la secta que profesa? cargados con sus mugeres y con sus hijos, alli paran donde em-piezan los riesgos de perder lo que no pueden menos de amar. ¿Y como ha de ser otra cosa? pues no siendo enviados por aquel que envió á su Hijo al mundo, recae sobre ellos precisamente lo que dice por Ezequiel á los Profetas insensatos de Israel; *ven cosas vanas y adivinan mentira, diciendo dice el Señor, siendo asi que el Señor no los envió*. Mas esto mismo aumenta los cuidados y vigilancia de los verdaderos enviados en nombre de Dios, para que perseveren constantes en su fé, aquellos que por medio de su predicacion la abra-zaron.

Se haria esta exhortacion un grande libro, si pretendiesemos referir por menor lo que con la mayor estension contienen los 72 cuadernos publicados ya por el consejo central de la propagacion de la fé, repartidos, en cada bimestre, uno á los decuriones, que cobran la limosna designada. Baste decir en pocas palabras, que siendo prueba de la mayor caridad, segun el oráculo de Jesu Cristo, el dar uno la vida por sus amigos, esos Sacerdotes enviados á los Gentiles, para enseñarles el culto del Señor, están dispuestos continuamente á hacer este grande sacrificio, ademas de ser su vida un martirio sin intermision, por los indecibles trabajos, obstáculos y dificultades que tienen que superar, ya para amansar los inhumanos idólatras y reducirlos, despues de convertidos, á Sociedad, y ya para apartar de sus errores á innumerables cristianos que se hallan sin embargo fuera de la Iglesia por la heregia ó cisma; que no solamente han enviado al Cielo multitud de almas de párvulos reengendrados por el bautismo, que de otra manera hubieran perecido para siempre, sino

que han adquirido para el rebaño de Jesu Cristo tantas ovejas cuantos infieles han atraído al conocimiento del verdadero Dios, proporcionándoles al mismo tiempo vivir como racionales, y con las comodidades, que jamas hubieran gozado errantes como fieras en los bosques.

Mis para que se sostenga y continúe esta grande obra tan conforme al favorito mandamiento de Jesu Cristo, repetido mil veces en el Evangelio, y recomendado á sus Discípulos en los últimos periodos de su vida, de amarnos unos á otros, como él nos amó; son necesarios fondos que espendidos con la economía, pureza, é inteligencia, que lo hace el consejo central de la propagación de la fé, parece multiplicarse en sus manos, si se consideran los continuos y cuantiosos socorros, que envían á donde quiera que existen misioneros del catolicismo, (que es preciso repetirlo) se encuentran ya casi en todo el globo, evangelizando el reino de Dios. Iglesias erigidas de nuevo, vasos sagrados y cuanto pertenece al culto del Señor, Hospicios y Colegios, vestidos para cubrir la desnudez de los neófitos, provision de víveres para sustentarlos, aperos de labranza, instrumentos y herramientas para las artes: mil otros objetos de absoluta necesidad atendida la situacion y circunstancias en que se hallan aquellos primeros cristianos y los que cuidan de su educacion política y religiosa, hé ahí en que se emplean los escasos recursos con que se cuenta para acudir á tantas y tan varias atenciones, que llaman la del consejo central: decimos escasos recursos comparados con los que se suministran á los que se precian de reformados y reformadores, que vagan por diversos reinos y provincias á seducir á los incautos católicos, para que abandonando la verdad, abracen la mentira y errores de sus sectas.

¿Y será posible tenga la falsa doctrina mayor influjo en los que la siguen, que la verdadera en los católicos? Confiamos que no será así, escuchando la voz del Vicario de Jesu Cristo y asociándonos á esa congregacion de *propaganda*, para cooperar á que de dia en dia reciba nuevo incremento y llegue al término feliz que se propone. Lo que se nos pide al efecto es cosa fácil á toda clase de personas, y se reduce á que cada socio reze un padre nuestro y un Ave María diariamente, para lo cual basta aplicar una vez para siempre el quesuele rezarse á la mañana ó á la noche, uniendo al fin esta invocacion: *S. Francisco Javier rogad por nosotros*, y entregue cada semana dos cuartos de limosna en favor de esa grande obra á los que están encargados de recogerla.

No es de esperar haya católico alguno, que reúse hacer este pequeño sacrificio con el que se redimen millares de almas, que el demonio tiene cautivas y esclavas bajo su duro y tiránico imperio. ¡Ah! si tuviéramos una fé viva, y una idea cabal de la dignidad de un al-

ma redimida con la sangre de Jesu Cristo, que ciertamente es de mas precio que todo el mundo, nos apresurariamos gustosísimos á cooperar á su rescate, á costa, no digo de un padre nuestro diario y dos cuartos cada semana, sino de nuestra propia vida. Mas sino tenemos valor para tanto, tengamos siquiera alguna parte activa en la conversion y salvacion de tantas, como por medio de esos incansables obreros del Evangelio, logran la dicha de ser llamadas del fondo de las tinieblas á la luz admirable de Dios. Es indubitable que la tendremos asociándonos al gran número de fieles, que ya se cuentan en las listas de esa nueva cruzada, y que adquiriremos el mérito grande de una obra mas excelente, en sentir de los Padres, que la distribucion de un amplísimo patrimonio entre los pobres.

Para esto no se nos pide navegar hácia el Oriente, ni caminar al Occidente; ni salir de nuestras casas, ni experimentar el menor de los inmensos trabajos, que padecen los que siguen la penosa carrera de evangelizar á los pobres. Basta lo que hemos insinuado; y con eso nos grangearemos la gloria de poder decir con verdad, que concurrimos tambien á que las gentes de toda tribu, lengua, pueblo y nacion, reconozcan, adoren y confiesen al Señor, como se lo pedia el Rey David repetidas veces. Otro Rey, el Sr. D. Felipe II. siguiendo sus huellas, manifestó con sus obras iguales deseos, pues habiéndole representado lo mucho que costaba la conservacion de las Islas que llevan su nombre denominándose *Filipinas*, preguntó si se convertian algunos de sus naturales, y habiéndole contestado que sí, dijo; *pues con uno solo, que se convierta doy por bien empleado todo lo que se gaste en ellas*. El Señor bendijo esta insigne piedad y celo de aquel religiosísimo Monarca y de sus sucesores, contandose ya tres millones de cristianos en todas las Islas de aquel Archipiélago, que se aumentan cada dia con las conquistas de los salvages dispersos en el interior de algunas de ellas; siendo en la actualidad *magnífica colonia de los Españoles y una de los teatros mas felices de sus trabajos civilizadores*. (Anales de la propagacion de la fé, cuaderno de Julio de 1840 n.º 75 folio 356).

Creemos basta lo dicho para que conozcaís, cuan agradables serán á los ojos del Señor y provechosos á vuestras almas, los actos de caridad á que os hemos escitado para con esa muchedumbre de hombres, que gimen bajo el insoportable peso de la infidelidad y del pecado, que convertidos, serán un dia vuestros hermanos, debiendo ser siempre objeto de vuestra misericordia. Esta indudablemente ha de ser premiada por aquel generoso remunerador, que no deja sin recompensa un jarro de agua fria dado en su nombre; a cuya imitacion su Vicario en la tierra reparte los tesoros de sus infinitos méritos, de los de su Madre y de todos los Santos, concediendo indulgencias plenarias y parciales á todos los asociados á la obra de la propagacion de la fé.

¿Y os olvidarán en el Cielo los que entrarán en él, sea por el martirio, sea por su inocente vida, habiendo participado en la tierra de vuestras oraciones y limosnas? No es de creer, y si, que os tendrán muy presentes, para que el Señor se compadezca de vosotros así como vosotros os habeis compadecido de ellos, y os colme de sus bendiciones. Recibid la que con todo el afecto de nuestro corazón os damos en su Santo Nombre. Y á fin de que llegue á conocimiento de todos esta nuestra exhortación, mandamos que se lea en las Parroquias en tres dias festivos al ofertorio de la Misa Mayor.

Dado en nuestro Palacio Episcopal de Cádiz á tres de Diciembre de mil ochocientos cuarenta.

Fr. Domingo Obispo de Cádiz.

Por mandado de S. E. el Obispo mi Sr.

Dr. D. Manuel Vicente Garcia Valdeavellano,

Secretario.

OBRA DE LA PROPAGACION DE LA FÉ

Basta leer y penetrarse de los sentimientos que arroja de sí, esta encíclica del Supremo Pastor, y la Pastoral del venerable Obispo de Cádiz, para persuadirse cualquiera que la obra de la Propagacion de la fé es digna de los fieles en cuyo corazon se halla arraigado el amor á la fé, y á la Religion que profesan; (porque el que carece de esto nada le importa que los demás se pierdan con él, y como él) basta para apreciarla considerar que ella es, una invencion generosa de la Caridad Cristiana para estender entre las naciones idólatras el conocimiento del Evangelio, y la civilizacion, y que de retorno y en cambio de un pequeño sacrificio se nos dan á nosotros abundantes gracias espirituales, y conocimientos humanos de la mayor importancia, aun prescindiendo por el momento de lo que no puede prescindir ningun Cristiano, y es de la dulce satisfaccion que indudablemente resulta en cooperar á la salvacion de las almas, redimidas con la sangre preciosa del Redentor y llenar en parte sus divinos deseos de que ninguna perezca sumida en las tinieblas de la ignorancia, del error, y de la degradacion mas humillante.

Tal es la obra de la Propagacion de la fé, la cual viene á ser como una cruzada espiritual de nuestro siglo, para reunir todos los pueblos en uno por medio del vínculo de la Caridad, y que todos se den el ósculo de la paz, que solo es dado afianzar de un modo estable y permanente al Catolicismo.

Para ser miembro de esta obra, en la que no hay *reunion* ni asociacion, sino espiritual, entre los miembros: para serlo pues, bastan dos cosas. 1.^a Aplicar á esta intencion, una vez para siempre, uno de los *Padre nuestros* y *Ave Marias* que se suelen rezar cada dia añadiendo esta breve oracion: *San Francisco Javier, rogad por nosotros.*

2.^a Dar CADA SEMANA DOS CUARTOS de limosna para las Misiones. Por percibir mas facilmente las limosnas, por cada diez suscritores hay uno que está encargado de recogerlas. Este entrega el total á otro miembro de la obra, que se encarga de recibir diez sumas de la misma especie, es decir, cien suscripciones; este entrega asimismo lo que ha recogido á un tercero encargado de reunir diez sumas semejantes, es decir, mil suscripciones.

Los SS. Pontífices Pío VII, Leon XII, Pío VIII y Gregorio XVI, en sus Rescriptos de 15 marzo de 1823, 11 mayo de 1824, 18 setiembre de 1829, 25 setiembre de 1831, y 15 noviembre de 1835, han concedido á todos los Miembros de la *Obra de la Propagacion de la Fé* en las diócesis donde se estableciere con el consentimiento

de los Ordinarios en cualquier parte del mundo, las indulgencias siguientes aplicables á las almas del purgatorio.

1. *Indulgencia plenaria* en las fiestas de la Invencion de la santa Cruz y de san Francisco Javier, y otra cada mes el dia que cada miembro escogiere, con tal que haya rezado todos los dias de dicho mes las oraciones indicadas. Para ganar esta indulgencia es necesario que contritos, y habiéndose confesado, y [recibido la sagrada comunión, visiten devotamente la Iglesia ú oratorio de la Obra, si le tiene, y si no le tuviere, deben visitar su Iglesia parroquial, rogando á Dios por las necesidades de la Iglesia y las intenciones del sumo Pontífice. Los Miembros enfermos están dispensados de la visita de la Iglesia parroquial, con tal que cumplan, como puedan las otras condiciones necesarias segun el consejo de un confesor prudente. En los lugares donde la Obra no estuviere establecida puede hacerse la visita en cualquiera Iglesia ú oratorio público.

La indulgencia concedida para las dos fiestas de la Invencion de la santa Cruz y san Francisco Javier, puede ganarse segun la eleccion de cada Miembro, cumpliendo con las condiciones prescriptas, ó en las mismas fiestas, ó en uno de los dias de sus octavas, ó en el dia al cual los ordinarios de cada diócesis trasladaren dichas fiestas.

2. *Cien dias de indulgencia* cada vez que contritos de corazon, rezaren las oraciones prescritas, quédieren alguna limosna en favor de las Misiones, ó que se ejercitaren en cualquiera otra obra de piedad ó caridad. Ademas de estas indulgencias, los Ecselentísimos, Ilustrísimos Sres. Obispos de Cádiz, de Menorca, y de Plasencia han concedido cuarenta dias de indulgencia cada uno á los que se suscribieren, á los que procurasen un socio por cada vez que lo hicieren y á los que tuvieren á su cargo decenas ó centenas, por cada vez que recogieren la limosna.

Cada dos meses se distribuye gratis por cada serie de diez socios un cuaderno de los Anales de dichas Misiones; y todos los años el cuaderno del mes de Mayo publica la cuenta por diócesis de las sumas recogidas; estas han ascendido el próximo pasado año de 1839 á 7,582,729 rs. Tambien se da á conocer su inversion y los nombres de los Obispos y Superiores de las misiones que las han recibido.

Estos anales ofrecen una lectura instructiva, interesante y de suma edificacion, pues en ellos se vén los trabajos, combates y triunfos de los nuevos y numerosos Apóstoles que llevan la benéfica y divina luz Evangelica á los pueblos idólatras, paganos, mahometanos, y salvages, que habitan los países mas remotos del mundo: haciéndolos pasar del embrutecimiento á la civilizacion, de la ferocidad á la mansedumbre, de la rapacidad y disolucion á la justicia y á la templanza.

A tan grande, benéfica y santa obra, todos pueden asociarse sin especial gravamen.